

PRELUDIOS DE PAZ

Tres días tan sólo habrían transcurrido de la muerte del coronel Gonzalo cuando fue recibido en el Tibisial el Gral. Antonio Maceo que era esperado por su esposa María, por su madre, Mariana Grajales, resto de su familia y por un amigo y compañero el Dor. Figueredo; y todos le oyeron referir con todo sus detalles los últimos triunfos conseguidos; de cuando apresara el convoy que llevaban los españoles para la Florida; el segundo de la carga dada al machete á la columna que mandaba el T. Coronel D. Ramón Cabezas, que fue lo que le proporcionó tan señalada victoria y por último de la gran pelea con el denodado S. Quintín en Arroyo-Naranjo donde también la hubiera conseguido sino se hubiera presentado otra columna a socorrerle; refiriendo al terminar su narración y con marcada pena la heroica muerte que en la última acción recibiera el Jefe de su escolta el Comandante Elias Pérez, veterano de toda la guerra que contaba heridas recibidas en anteriores combates.

Después quedó enterado y satisfecho de lo acaecido a la columna que hostilizara su hermano José; visitó más tarde a sus heridos entre los que se hallaban sus otros hermanos Rafael y Tomás; y luego pasó á ocupase de la redacción y despacho de los partes oficiales de todas aquellas acciones para que los llevasen hasta el Gobierno de la República.

Y luego de verse libre se trasladó para el rancho que ocupaba su huésped el Dr. Figueredo; y con él en corrida conversación, como se habían esparcido rumores referentes á conferencias y á tratos con los españoles en que se barajaban los nombres de los de Cámara con algunos de los del Gobierno que quedó después que el Presidente Estrada fue hecho prisionero en las riberas del Cauto; y como que también se hacía jugar el nombre del General Máximo Gómez, le preguntó Maceo a Figueredo. ¿qué opinión había formado de aquellos cuentos?

Entonces el interrogado queriendo salvar lo avieso de semejante pregunta tan intempestiva como vidriosa, le contestó con aparente franqueza: «Que si bien creía hasta cierto punto imposible, que el General Gómez se comprometiera ni mezclara, como lo tenía demostrado al intervenir

en las prisiones de Bello, Varona y de Santiesteban que fueron sentenciados a morir; también alcanzaba que algo o mucho de extraordinario y de trascendental debía estar ocurriendo porque en su excursión a los campamentos de la *Maestra*, en el tiempo que había pasado fuera de su lado, allá en el cuartel del Coronel Leonardo del Mármol; al capitán Víctor Ramos le había oído contar lo que el mismo acababa de presenciar en el campamento español de *Bueicito*, de la jurisdicción de *Bayamo*, en una conferencia á la que concurriera los Coroneles Bartolomé Masó y Francisco Guevara con otros más del cuartel general de D. Modesto Díaz para oír y rebatir algunas proposiciones del Gral Cortijo: y mucho de lo que también se decía que había tenido lugar entre el Gral. D. Pascual de Bonanza con Duque de Estrada y los fugados Bello y Santiesteban, los que también estuvieron presentes en la reunión de *Bueicito* que por los expresados motivos se había apresurado á bajar de las Sierras para poder incorporarse á su cuartel general escapando en una tabla de una de las guerrillas del Coronel Miret: y que por aquellos extremos había llegado el caso de que no se atreviera á responder en ningún caso sino de su propia persona.»

Fue tanto lo que se resintió el Gral. Antonio Maceo al oír que el Dr. Figueredo se había expresado de aquel modo cuando se trataba de un hombre del temple del Gral. Gómez, al que Maceo parece intentaba salvar en su pregunta, que se marchó de aquel sitio, después de manifestar su disgusto y sin ni siquiera despedirse del amigo.

Pero pasaron dos días después de aquel incidente y al tercero allá sobre el medio día llegó presuroso un número de los de la guardia avanzada del campamento del Tibisial en busca del Coronel José Maceo, participándole al verlo que había llegado y estaba esperando una comisión á cargo de una negra portadora de un pliego urgente: y ante la impensada novedad, el coronel Maceo de paso le dijo á su hermano de lo que se trataba salvando en cortos minutos la distancia de los ranchos al punto de la guardia, donde llegó para imponerse de lo que se quería.

Y efectivamente: allí encontró que era cierto acababa de llegar una negra joven, de buena presencia, acompañada de dos mulatos guerrilleros al servicio de los españoles y la que era portadora de un pliego que le entregó al Coronel J. Maceo rogándole, que lo pusiera en manos de su hermano el Gral. y de que si la dejaban estarse allí esperarían la contestación para volverse á la *Curia*, de cuyo campamento había salido en aquella mañana.

José Maceo, luego que preguntó mucho y de recoger cuantas noticias pudo, regresó para los ranchos para verificar la entrega del pliego a su ya impaciente hermano y éste, tan pronto rompió el sobre y vio la letra de Máximo Gómez, al que conceptuaba en Camagüey, ya no pudo contenerse mas dirigiéndose al rancho en que estaba Figueredo: y allí los dos quedaron confundidos, casi llenos de espanto al enterarse del contenido de las dos cartas, todo de letra de Gómez con su peculiar estilo y fechada las citadas cartas en el *campamento español de la Curia* a 16 de Febrero de 1878, donde acababa de llegar la comisión y escuchándose en la que le dirigía á Figueredo por haberse visto obligado á tener que emplear papel timbrado del que usaba el *Corresponsal en campaña del «Diario de la Marina» y de la «Voz de Cuba»*.

En la dicha carta decía Gómez: — que habiendo dejado de ser los Supremos Poderes, el Pueblo había nombrado un Comité, para que este se encargara de arreglar un tratado de paz con España; y que el Comité había nombrado de su seno una Comisión a cargo del Brigadier Rafael Rodríguez y Comandante Enrique Collazo para que por las líneas españolas pasasen á Oriente á dar cuenta del tratado para que con conocimiento de los hechos deliberaran lo que tuvieran por conveniente; y que á él le habían invitado para que acompañara aquella comisión; esperando le contestasen designándole el punto en que debieran encontrarse para tener una entrevista.

Todas estas líneas del anterior párrafo formaban en conjunto la suma del contenido de las cartas de Gómez, la una para Figueredo y la otra para Maceo; y después de la lectura de aquellas cartas el General Maceo rompió el silencio en que los había dejado la sorpresa de tan formidable acontecimiento para hacer un voto terrible y... después extendiendo su mano derecha para estrechar la de Figueredo, exclamó: — «Y yo que me retiré de este mismo sitio, incómodo, muy resentido contra U. por hacerme dicho que de nadie respondía, ¡y con cuánta razón! Pero, ¿quién era capaz no digo, de creer, ni aun de pensar lo que está pasando?

Y toda esa gente trataba con los Españoles ¡cuando aquí peleábamos con mayor entusiasmo!; ¡cuando nos sacrificábamos para vencerlos!

«Y ahora ¿qué dirán mis subalternos? Mis hermanos, unos inutilizados y otros heridos ¿qué dirán? ¡Y los demás heridos! el Teniente Coronel, mi compañero Laffitte muerto el día 1?! ¡el Comandante Elias, el día 7! ...Y yo, que tengo todo el pecho sembrado de balas españolas..

«¿Pero no comprende V. amigo D. Félix que cuando el Gral. Martínez Campos acepta ó propone una transacción, un arreglo, ha sido porque alcanzaba con su experiencia de lo que es esta guerra, que nunca vencería por medio de las armas? Y esto que digo ¿no lo sabía el Gral. Gómez mil veces mejor que yo?

«¡Maldito el día en que se marchó para el Camagüey, dejándome en la loma de Bio, con mis heridas de Mejía!»

Y al tenor de estas exclamaciones y de las otras que no se escriben; calculando después lo grave de la situación en que ya quedaban los aislados de Oriente, allí mismo quedó resuelto que el Gral. Maceo, él solo contestara á Máximo Gómez; dejándole señalado como buen sitio para la entrevista que pedían el Asiento de *Piloto Arriba*, cerca de *Pinar- Redondo*, marcándoles las primeras horas del próximo día 19 de Febrero; con cuya contestación marchó el Coronel J. Maceo á despedir á la morena portadora del pliego.

Al aclarar de nuevo el día, el Gral. A. Maceo con su hermano José y su cuñado Manuel Romero, el Dor. Félix Figueredo, los Ayudantes del Gral., soldados de su escolta y los Asistentes todos listos para la marcha dejaron *Tibisial* para tomar el camino del Purialón y luego el de Pinar- Redondo hacia el punto designado para la entrevista á donde llegaron entre 8 y 9 de la mañana y visto que aun no lo habían verificado los de la Comisión del Comité causante de la cita aguardaron hasta que aquellos se dejaron ver jinetes en regulares caballerías con monturas españolas.

Reunidos y cambiados los saludos aunque en extremo tibios, sin duda por el pésimo carácter que podría tomar la conferencia con las demás circunstancias, Rodríguez, Gómez y Collazo con los Hermanos Maceo y el cuñado de éstos, fueron a situarse al abrigo del ramaje de un árbol de mangos; mientras que el médico Figueredo sin explicarse el porqué, destinó para colocar su hamaca y sentarse otro árbol de la misma clase que distaría del ocupado por la comisión algunas 50 varas.

Los de la Comisión luego que manifestaron á sus oyentes, no haberle sido posible encontrar en los días del mes anterior al de Febrero, recorriendo las costas del río Cauto hasta el Júcaro cualquier rancho ó soldado práctico que llevara el comisionado Enrique Collazo hasta donde pudiera hallar el cuartel del Gral. Maceo para darle cuenta del mal estado y falsa situación de Camagüey; y de los sucesos habidos hasta aquella fecha con el fin de haberse puesto de acuerdo con los de Oriente antes de que se fuese a dar algún paso de trascendencia: aquel Comisionado

hubo de volverse por sus mismos pasos con los riesgos consiguientes dadas las operaciones de la campaña sin haber conseguido el precitado objeto; v después que hicieron una larga relación de cuanto había ocurrido en las fuerzas de Manzanillo y Bayamo, de las Tunas y línea occidental de Holguín con la reforma del programa de *Sábana de la mar*; en las de Camagüey y las Villas por sus pasos contados hubieron de llegar necesariamente al inesperado acontecimiento del *Zanjón*, precedido de la suspensión de hostilidades en sólo aquellas zonas, y seguido del férreo compromiso de dar doble derecha en el Camagüey lo que ya era un hecho consumado.

Y cabe al llegar á este punto el no acabar de referir lo que aún siguiera pasando entre los de la comisión del Comité y sus oyentes, en fuerza de que se hace indispensable contar lo que iba a suceder y aconteció junto al otro árbol en que se hallaba Figueredo con otros dos comisionados que ganando horas acababan de llegar de las Tunas del Cuartel del Gral. Vicente García; y a los que se apresuró á recibir Figueredo colocándolos á su lado p- que no fuesen a interrumpir la relación que hacía los de la Comisión presidida por Rodríguez o por Gómez.

Era la q. en aquellos momentos había llegado la compuesta de los Capitanes Domingo Deymiera y Luciano Caballero, que como se ha dicho habían salido expresamente del Cuartel Gral de Vicente Ga.; y que según afirmación de los mismos se presentaban autorizados con el encargo de decir al Gral. Maceo de parte del General García, que en el acto de llegar y sin que ni siquiera oírlos procediese a fusilar á Gómez Rodríguez y á Collazo por ser aquellos los principales autores de todo el mal que se estaba haciendo y experimentando no sólo en Camagüey sino en los demás distritos de la Repea. y que podía el Gral. Maceo cumplir desde luego el encargo de la ejecución sin escrúpulos ni preocupación alguna pues que el General García tomaba á su cargo la responsabilidad de los fusilamientos con tanta mayor confianza cuanto que ya contaba con la seguridad de que serían aprobados por los buenos cubanos que veían indignados y con pesadumbre el que llegara a perderle una causa tan bien defendida y adelantada por culpa de semejantes traidores.

Y luego que Figueredo les oyera lo más que tuviera que añadir de parte del General Ga. y de hacerse referir cuanto aquellos supieran que había pasado por Camagüey, en las Tunas, Bayamo, Manzanillo y la

línea Occidental de Holguín, dirigiéndose á dichos comisionados les preguntó – «¿El General García, ha escrito con ustedes o por otro conducto al General Maceo para pedirle bajo su firma lo que de su parte vienen a pedirle de palabra?»

«No lo ha hecho que sepamos, contestó el Domingo Deymiers, seguramente para no perder tiempo, pues nos dio la orden de salir á revienta caballos cuando tuvo la primera noticia de la salida de la otra Comisión favorecida por los españoles.»

«¿Y cómo se explica, les replicó Figueredo, que habiendo presenciado los hechos el General Vicente García, porque de todo parece tener conocimiento, cómo se explica que él no se haya atrevido a fusilar á esos señores de la Comisión, bien en Camagüey o si se quiere mejor haciéndolos ir a las Tunas donde debía contar con toda su fuerza y escolta para poder obrar y aun entender el castigo á los Brigadieres Gregorio Benitez y Manuel Suárez igual q. tumbar á otros de la Cámara y manda á pedir, pero verbalmente, que lo haga acá el General Maceo?»

Y como tampoco supiera que contestar, entonces Figueredo entendió que había llegado el momento de poder vaciar toda la culpa de los hechos realizados desde muy atrás por el General Vicente García; cortando aquella conferencia de la manera que va a decirse.

«Capitanes Deymiers y Caballero, les dijo Figueredo: ya que Ustedes han venido para cumplir como buenos subalternos, ahora con el derecho que me corresponde me toca decirles; de que no será Félix Figueredo, quien pueda aconsejar ni menos acepta, que el General Maceo se aventure a cumplir ningún encargo de ese género del General Vicente Ga. que ordena los fusilamientos de Máximo Gómez, Rafael Rodríguez y de Enrique Collazo, los tres allí presentes e ignorantes de lo que allí pasa; y mucho menos cuando veo que el General García no ha tenido el valor de pedir las ejecuciones bajo su firma con lo que deja conocer que tiene fines ulteriores conocidamente perversos por la situación en que quedaría el General Maceo. Y ya que acabo de expresarme así, no quiero concluir sin dejar de asegurarles, que en mi concepto, nunca hubiéramos tenido que llegar a ésta deplorable situación si en nuestra República hubiera habido un Gob? de energía que hubiera hecho fusilar á Vicente García como principal autor de la conspiración que delatara en San Diego el Brigadier Pérez en los mismos momentos en que el enemigo caminaba para Naranjo; lo mismo que de lo demás que de seguir haciendo en el Chorrillo y otros puntos hasta parar en las *Lagunas de Varona*

donde logró detener y dispersar el contingente de Oriente que marchaba camino de las Villas; dando por triste resultado que el General Gómez en vez de poder adelantar para Occidente, hubiera abandonado de momento las operaciones para volver al Camagüey, quedando por consecuencia la invasión paralizada; o más tarde, cuando maduro el fruto de sus planes, á él no le dio la gana de pasar la Trocha en desobediencia á las órdenes del Gobierno del Presidente. Estrada con el malvado fin de reincidir pronunciándose en *Sabana de la mar* para lanzar el programa de la Reforma, con el que lo secundara el Gral. A. Maceo, que así se lo propuso en su escrito fechado el 3 de Junio desde Naranja y de cuya carta fueron portadores sus emisarios propagandistas los Coronel*. G. Cardet y M. Fonseca los mismos que le llevaron la contestación escrita en S. Agustín del Cauto el 5 del subsecuente Julio; prediciéndole en ella y con acertado tino estas complicaciones, resultados y desgracias siempre que no se separara del mal camino que someterse al Gobierno constituido; y si no se dejaba de seguir autorizando más levantamientos; siendo por lo tanto bastante singular que haya olvidado lo de las predicciones y aun algunos insultos de la carta del Gral. Maceo para mandarlos á ustedes en demanda de esta otra clase de atentados.

«Por consiguiente: les aconsejo, ya que los he oído y me han escuchado, que no intenten ahora causar nuevos disgustos al Gral. Maceo, que bastantes ha tenido hasta el presente y ha de tener más adelante con lo que le ha de caer encima.»

Así terminada la conversación con los Capitanes Deymiers y Caballero; ya es hora de que volvamos con los de la otra Comisión que aún seguían adelantando su conferencia y á la mira del partido que pudiera tomar el Gral. A. Maceo o de lo que quisiera contestarles.

Como hecho histórico, es preciso hacer constar que mientras el Gral. Gómez y sus compañeros de Comisión estuvieron en el uso de la palabra dando cuenta de todo lo que había pasado por Camagüey que llegar hasta la Paz, ninguno de sus oyentes, nada dijeron ni hicieron que pudiera herir el amor propio de los mismos y, sin embargo, de aquella conducta de los de Oriente, se les comprendía que estaban sino indecisos, apenados y violentos por lo triste de la embajada que tenían a su cargo el desempeñar; y esto era lógico, porque después de haber tenido el mérito de haber figurado entre los valientes de la primera fila y de que hubiesen sido de los más fuertes y fieles a la bandera de la estrella, contrariando sus propios sentimientos habíase desprendido de tan admirables cualidades ¿r para qué? que tener que llegarse hasta los que.

habían sido sus compañeros a que también se desprendieran de las que conservaban sin ninguna mancha; y lo que es más, para presentarse obligados a matar todas las ilusiones de aquel puñado de héroes que sólo se habían ocupado en conseguir positivas ventajas contra los sostenedores de la opresión y de la esclavitud, lo mismo en Pinar Redondo, que en la Estrella, el Purialón, Palmira, Llanadas de Juan Mulato y en Arroyo Naranjo estrechando al afamado acrisolado San Quintín a que retrocediera y que llegase a confesar oficialmente como le era imposible el poder salir si no lo iban a socorrer; lo mismo que la otra confesión del Brigadier Gálbis en uno de los telegramas ocupados al cadáver del Coronel Gonzalo, de que *marcharan las columnas de manera que pudieran protegerse*.

Pero también es verdad que si así como en los de Maceo no hubo quien interrumpiera ni procurase faltar en lo más mínimo; guardando el mayor respeto, tampoco hubo quien aprobase ni remotamente lo que ellos expresaron quedaba pactado en Camagüey; forzados si bien se advierte por las luchas intestinas y los desaciertos, que así lo dieron a entender; antes más bien pudieron oír luego que ya terminaron de hacer la relación de los hechos causantes del arreglo; que los responsables, quienes quiera que lo hubiesen sido, a imitación de los Bellos y de los que no lo eran habían cometido algo más que un error en admitir y entablar conferencias sin el conocimiento de todo el ejército cubano hasta llegar á terminarlas, resultando un pacto sin abolición y sin garantías; y esto, en las circunstancias más desventajosas para los españoles cansados de gastar sangre y dinero; y si se quiere más críticas para el Cap. Gral. Sor. Martínez Campos como Gefe de Operaciones que como sus antecesores estaba en camino de quedarse sin el prestigio de la victoria como se hubiera quedado infaliblemente si se hub^a sabido conservar en la mayoría de los defensores y sostenedores de la Independencia la cohesión, la fe y la resistencia que supieran tener en la sangrienta cruenta memorable campaña del Gral. Conde Valmaseda, en los que tampoco faltaron timoratos, débiles o lo que se quiera que entrasen en Bayamo que volver con proposiciones de paz, como en Puerto Príncipe v en otros puntos. Y estas condiciones eran las que mantenían en todo su vivir el General Maceo con los que le rodeaban y demás ausentes que estaban bajo sus orden ofreciéndose como las mejores pruebas las recientes hazañas realizadas con los recursos de boca y guerra que cada cual se proporcionaba jugándose la vida; haciendo omisión de las heridas

de Maceo con su admirable manera de convalecer entablado peleas un enemigo potente.

Y después de un pequeño intervalo de silencio también se les dijo –que bajo ningún punto de vista había sido cuerdo ni político recabar un tratado de paz con el Gral. M. Campos cuando era sabido, que en embarques y desembarques, marchas y contramarchas, persecuciones, peleas y por causa de las enfermedades y de las lluvias que tanto los multiplicaban, tenía casi gastado el contingente de los 24 batallones que sacara de la Península junto con el refuerzo de los otros 5,000 hombres quitados a Puerto Rico después de empezada la campaña; y todo esto sin contar con el efectivo de más de cien mil hombres que hallara en la Isla distribuidos en la defensa de las Ciudades, pueblos y campamentos diseminados, cuyo numeroso efectivo había estado a la defensiva, después de las acciones de los Melones en Holguín, de los Sacra, Naranjo y las Guásimas en Camagüey y de los hechos con tanta rapidez realizados en las Villas Orientales; dando lugar a que la guerra se hubiese adelantado hasta el mismo riñón de la jurisdicción de Matanzas en donde estaba la vanguardia del Ejército Cubano.

Aquella entrevista y conferencia terminada sin haber conseguido los emisarios del Comité que ni por el General Antonio Maceo, ni por ningún otro de los que estaban presentes, ni aceptaran ni aprobaran ninguna de las bases de lo pactado en el Zanjón, creyeron llegada la hora en que tomaran las bridas para despedirse, optando después de los necesarios informes el dirigirse para el Campamento de Miranda por haber mucha menor distancia que al otro de los Curias siempre que bajasen por los Pinares a tomar la izquierda del río Barigua; y separados del General Maceo que hubo de tener que regresar a los ranchos del Tibisial, emprendieron la marcha hacia Miranda; acompañándoles alguno de los del personal de Maceo lo mismo que del Dr. Figueredo que quiso despedirlos en los Pinares y luego quedarse en las riberas del Barigua junto con los de Maceo.

Después de algún tiempo de marcha al entrar en la Sabana del Pinar dio la casualidad que aparecieran por otro de los trillos que la cruzan los Coroneles Guillermo Moneada y Pedro Martínez Freire, que con sus respectivas fuerzas venían á estacionarse en el Barigua donde los tenía citado Maceo para comunicarles órdenes. Y al tener lugar el encuentro con los de la Comisión, que ya habían tenido algunas noticias, en vez de ser saludados con los afectos de costumbre entre hermanos

de una misma causa; más bien hubo frialdad, empleando frases el Coronel Martínez Freire hasta cierto punto provocativas para el General Gómez; lo que ya les obligó a requerir sus monturas para continuar camino, alejándose de aquel sitio despedidos para siempre; pero no sin dejar de dar a comprender en las miradas que quedaban violentos y enseñados aunque sin hacer uso de contestaciones agresivas: y á la verdad que hubiera sido una imprudencia el que hubieran pretendido intentar un lance en aquellas alturas en que todas las ventajas estaban del lado del Coronel Martínez Freire que disponía de oficialidad y de tropa que se hubiera visto obligada a cumplir cualquier orden aunque esta hubiera traspasado los límites de lo posible.

Los tres individuos de la Comisión, en la misma tarde llegaron á Miranda, donde a lo que se supo estaba de Jefe el que entonces era Brigadier D. Camilo Polavieja.

Desde Miranda, los tres escribieron á Maceo y á Figueredo; luego lo repitió el General Gómez desde San Luis y más tarde también lo hizo desde Kingston en la Isla de Jamaica.

Aquellos después de rendir su comisión en Camagüey quedaron desligados de toda injerencia ulterior para salir de la Revolución y tomar puertos extranjeros dígase lo que se quiera en contrario.